

Título: El mapa de la vida.

Autor: Adolfo García Ortega.

Editorial: Seix Barral

Págs: 544

Precio: 20 €

En “El mapa de la vida” (Seix Barral, 2009) asistimos a la reconstrucción de dos vidas rotas por los atentados del 11-M que buscan respuestas más allá de la rutina vital que se les impuso una vez recuperados de las heridas físicas de aquella masacre terrible. Es una novela de personajes, centrada en el cambio vital de los protagonistas vivos de aquella jornada negra para todos. Gabriel y Ada se encuentran por casualidad después de los atentados y ambos, de una u otra forma, ya están buscando respuestas a sus heridas del alma, a su tragedia afectiva. Él es diseñador de montañas rusas, como la vida, como la realidad, y ella es experta en el Renacimiento, que debe ser una constante en la vida de todos, renacer, iluminarnos, volver a pensar. Ambos se encuentran se aceptan y se aman.

Esta novela del vallisoletano Adolfo García Ortega (1958) ha de ser tomado como un Arco del Triunfo de esos que vemos en muchas ciudades. Es un texto que pretende cantar a la vida después de la tragedia e invita a la búsqueda de nuevos amaneceres más allá del sufrimiento, que quiere celebrar cierta victoria de todos y ser a la vez hito que no nos permita olvidar. Esta es una novela monumental, de las largas (540 páginas) y que persiguen esa totalidad decimonónica de las grandes novelas.

Se sirve el autor de diversas técnicas de narración: el texto dentro del texto, las listas, la apertura de largos paréntesis. Todos estos fragmentos salpicados con las entradas y salidas del pasado al presente o al futuro, predisponen al lector para que cualquier cosa que ocurra no le sorprenda. Se traba así un mosaico policromático que nos permite situarnos en distintos puntos de vista con una prosa directa y rica en matices.

Una perspectiva angélica y muy humana nos permite ver lo que no vimos aquellos días y describe biografías breves (a modo de narrador) de muchos de los que murieron allí, hilvana sentimientos y emociones, sueños truncados y deseos no satisfechos. El drama de aquellos días y la ciudad que los albergó, Madrid, son también un personaje más de esta novela de dimensiones titánicas y que es el mejor o

más claro intento de novelar el 11-M, dando voz a los que sobrevivieron a la maldad que se derramó aquella mañana.

Sorprende que el autor se haya atrevido con la vida de un terrorista, Sayyid, al que pone voz y vida, intenciones y fe, en su macabra misión. Esta es una muestra de lo que la literatura puede hacer: darnos una visión de los abismos a los que no podríamos acceder de ningún otro modo.

El resto de la novela se construye con pasajes de un libro que sobre Giotto escribe Ada, los viajes a épocas pasadas y no tan pasados como Guantánamo donde podemos colocarnos para escuchar voces y razones para todas aquellas cosas que ocurrieron. Es una obra que se monta por partes para dotar a este Arco del Triunfo de una monumentalidad atrayente y que hará que los lectores se planteen nuevas perspectivas sobre aquel drama empezando por el hecho de que muchos son los que sobrevivieron y que aún siguen afectados por los atentados. Hombres y mujeres que se levantan cada mañana con preguntas que no tienen aun respuesta y que esta novela nos acerca al corazón y a la memoria.

Una novela que puede antojarse en exceso larga pero que no deja de ser un reto para el alma del que la lee. Sobre todo es un grito de esperanza, un deseo en voz muy alta de seguir adelante con la vida una búsqueda angélica y humana de lo mejor de nosotros en el marco maravilloso de un Madrid que sigue siendo punto de partida al cielo y que conserva intacta a pesar del drama su capacidad para seguir abrazada a la vida.

Un acierto el de Adolfo García Ortega. Y una valentía que es de agradecer: la de poner por escrito estas sensaciones y motivarnos para seguir persiguiendo el lado más amable de la vida a pesar de todo. Un Arco del Triunfo, como dijimos, que es también un desafío al olvido. No dejen de leerla.

Pedro Crenes Castro

Conversando en diferido con ADOLFO GARCÍA ORTEGA

¿Cómo viviste el 11M, dónde estabas?

Estaba en Madrid. Lo viví con la intensidad colectiva que se vivió en toda la ciudad y por todos sus ciudadanos. Ha sido de esas veces tan madrileñas en que existe un gran espíritu de solidaridad entre la gente. Una especie de unidad identitaria y de resistencia. Algo parecido he visto en la época de la Transición, o en la manifestación por Miguel Ángel Blanco: la calle se pronuncia, la calle cobra vida. Algo de eso he querido meter en mi novela: Madrid como un organismo vivo. Quizá así sean las revoluciones.

¿Cómo nace la idea de una novela como esta, tan arriesgada por el hecho de abordar el tema de las víctimas que sobrevivieron?

Es curioso que muchos periodistas coincidan en decir que es una novela arriesgada. No lo creo. Creo que el riesgo está en lo compleja que es a la hora de hacer funcionar todos sus mecanismos interiores, porque, como me dijo Muñoz Molina, he metido dentro el mundo. Por eso la novela es una novela realista y fantástica a la vez, social e íntima, actual e histórica. Creo que ahí está el riesgo, en la orquestación. El asunto de las víctimas está enfocado como homenaje implícito y reivindicación permanente de su memoria. El verdadero riesgo, para mí, de la novela está en el papel que le atribuyo a Mahoma, mezcla de viejo loco y cómplice de los atentados. Pero ya se sabe que los islamistas no leen libros, y menos esto. Aunque deberían: salen como son.



© Luís Escobar

Una experiencia como la que vivimos nos hace romper con lo conocido de manera irremediable ¿cómo crees que ha cambiado Madrid y España desde el 11M?

Creo que Madrid ha cambiado mucho desde entonces, pero ya venía cambiando hacia lo que es hoy –y será aún más en el futuro–: una ciudad mestiza, una ciudad mezclada, una ciudad contemporánea al margen de sus dirigentes. La gran ventaja de Madrid es que es una ciudad donde todos son acogidos como iguales, y todos, venga de donde venga, somos ciudadanos de Madrid por decisión personal, por amor a la ciudad y a lo que representa. Que el atentado fuera en Madrid no es algo casual: es la ciudad donde el otro, el diferente, es más otro y por tanto más universal. Las víctimas eran de muchas nacionalidades. El crimen era contra el orden del mundo actual, contra la pluralidad de personas y de ideas y de creencias. Era un atentado islamista, no lo olvidemos, que es el movimiento mundial que va en contra del futuro. No fue un atentado local, fue un atentado muy elaborado y muy pensado. Lástima que en España un conocido periódico introdujera tanta confusión luego.

Da la sensación de que las historias de amor truncadas de los protagonistas vienen rotas de antes ¿Qué opinas de esta visión?

Rotas de antes tampoco. Si te refieres a la historia de amor de sus protagonistas, es una historia de amor muy intensa, muy fresca, marcada por la necesidad de amar la vida por encima de todo, y eso lo descubren a raíz del enamoramiento que viven al margen del atentado, como si se buscaran de toda la vida. Pero cada uno de ellos, al empezar su nuevo amor —y es lo que pasa a una edad madura— comprende que tiene que desmontar o destruir las vidas establecidas que llevaban en sus familias, con sus cónyuges, vidas que sencillamente estaban en la inercia del tiempo. Faltaba el revulsivo que es el amor. La novela, o eso creo, es toda ella una gran novela de amor y de amores, y plagada de intimidad: la de los protagonistas y la de las víctimas (¡qué más intimidad que entrar en el momento en que mueren!), la del terrorista, la de la ciudad. La de la Virgen. La de Guantánamo. No olvides que todo esto también sale en la novela. Y Giotto.



El personaje de Sayyid es complejo y contradictorio, su “peregrinaje” por la gran Vía es una de las partes de la novela que más me ha gustado ¿cómo fue su construcción como personaje?

Es un personaje difícil, porque es el terrorista que va a cometer tarde o temprano otro atentado. Eso el lector lo intuye pero no lo sabe, y es el elemento hitchcockiano de la novela, como ha dicho Gonzalo Suárez. Me metí en su piel pero sobre todo me metí en su cabeza, sus razones, sus sentimientos, sus argumentos, su pasado. No lo justifico, claro, pero he convivido con él varios años y le tengo un cierto afecto como personaje. Creo que los que son como él en el mundo islámico, o están como durmientes en muchas partes del mundo, son personas que pueden cambiar si se les deja de manipular por los imanes y por los gobiernos islámicos. La parte en que asciende por la Gran Vía es una metáfora precisamente de su papel en el mundo, de su relación con los contemporáneos y de su sentido de amenaza para todos nosotros.

Te sirves de lo angélico para llevar adelante la narración ¿qué te llevó hasta estos seres celestiales?

Lo de los ángeles es la parte fantástica, pero tiene relación con dos cosas: una, con el sentido espiritual que transmiten. Son ángeles muy humanos, y su humanidad se caracteriza en su amor extremo, entre ellos y hacia las víctimas del atentado, incluido

el terrorista, en el sentido en que ven toda la dimensión de vida perdida que fue su muerte y toda la vida que recorre, como por unas venas (las calles), la ciudad. Y dos, con el hecho de que exista la identificación del protagonista con el ángel Gabriel –se llaman los dos así-, que le permite recorrer la historia de las dos religiones que coinciden en el atentado: el cristianismo y el islam. Esta mezcla de planos, que podemos leer en algunas novelas de Ruhsdie, en España nos parece extraña, tal vez porque estamos esclavizados, literariamente, por el realismo o las novelas históricas de más rancia narrativa, cuando no por la novela negra, un género que siempre siempre es igual. Hay un gran inmovilismo en la literatura, y poca gente del sector se da cuenta de ello.



En lo formal tu novela es una novela mosaico tienes textos breves, enumeraciones, diálogos largos, titulas con los nombres de personajes y narras ¿a qué se debe esta estructura tan fragmentaria para contar esta historia?

Precisamente al hecho de querer hacer algo ambicioso, diferente y sobre todo exigente con la inteligencia del lector. Creo que el fragmento, la rotura, es la clave de la literatura de los últimos años, la corriente natural de evolución de la novela desde el siglo XIX, donde se fija un modelo que, siendo aún válido –ahí están las novelas comerciales-, exige variantes y modificaciones para seguir avanzando. Con todo, en todas mis novelas hay varios niveles, como mecanismos con piezas y cajones secretos, y eso procede, sin duda, de mi tradición literaria, de las novelas y escritores

que me intreresan. Pero no olvidemos que en el Quijote ya hay mucho de ruptura de formas, de creación de fragmentos, partes, diálogos, historias dentro de historias, etc.

Recomiéndanos dos novelas que hayas leído recientemente.

Pues *La noche de los tiempos*, de Antonio Muñoz Molina. Una obra mayor y titánica, comparable a mi modo de ver a la *Guerra y paz* de Tolstoi. Y, en otro registro diferente, una novela de vampiros que ha caído en mis manos y que es todo un descubrimiento: *Aliento*, de una escritora llamada Jackie Ayers. Dos novelas muy distintas, claro, pero muy recomendables para cualquier tipo de público.

¿En qué estás trabajando ahora?

En otra novela. No suelo contar mucho o casi nada de las novelas que están en esta fase de “cocina”, pero creo que, por lo que intuyo, será una novela que hablará de la Europa de hoy y de la necesidad de vivir la realidad en un mundo plagado de historias. No sé más.

Pedro Crenes Castro